

cual no deja de ser extraño.

Las pueras del Norte, del Sur, del Occidente y del Oriente están casi rotando a Ruzifo y muy cerca de él, de manera que no habrá de ser tan zozquete que alacese cuando no quedaría ni noticia de él. . . .

Febrero 1^o

... a las diez, muy temprano, me fui al campamento de Juan Pablo Restrepo, en un punto de Aguaca del llamado Los Mangos (1), para ver a mis hijos Félix María y Pedro Pablo, los cuales debían de estar allí; no pude verlos porque aunque Pedro Pablo, aunque

(1) El campamento de D. Juan Pablo y de Macario Cárdenas, estaba en Los Mangos, atrás de La Margarita, a lo más a una hora del Cuchillón, a paso de tropa.

estaba por allí, estaba un poco lejos, y
José María aún no había llegado de los
Andes.

Elle vino por la casa y en la
Capilla (la iglesita del Poblado), supo
que Ruyifo iba a atacar en aquel mo-
mento a los marinillos y que los ata-
caría precisamente por el punto donde
estaba mi familia....

Y él y cuando llegué eran como
las once y ya se había comenzado el
fuego, no por fortuna por ese lado sino
por el Cuchillín, al lado de Chetellín (1)

(1) Del campamento de S. Juan Pablo mandaron
esa mañana una comunicación urgente a los
jefes conservadores del Cuchillín. A mí - que era
muchacho vivo y ligero - me la dieron para lle-
varla al campamento; subí y en la casa de S.
Cándido Molina encontré unos diez o doce jefes,
viendo el avance de las fuerzas de Ruyifo por

En el acto saqué la familia de allí
el llamado Cuchillín de Gassas o del
Continto (huy Loreto). - Intregué la comu-
nicación al Sr. Vargas, de Marinilla y me
quedé viendo lo que pasaba. A poco co-
mencé a sonar bastantes tiros y
muy cerca. El Sr. Vargas (llamado Var-
guitas) que era muy amigo de mi
padre, me cogió de la mano y me
dijo un poco buscamente: "Mucha-
chito! Váyase corriendo que aquí lo
van a matar."

Entre los jefes que estaban en ese
alto, fuera de Varquitas, estaban Hipólito
Saramillo, de Simón y otros. Poco des-
pués de hablar conmigo murieron en el
combate Varquitas, Saramillo y dos
o tres más de los que yo había visto.
Varquitas, en cuya casa de Marinilla había estado
yo con mi padre, lo era pariente de Sigfredo Var-
gas, el que ~~hizo~~ la variante de Chimbe, de Tille-
la hacia elban. D.E.R.

me la llevé a la casa de un señor Rafael
Alvarez (1), la, aunque a muy poca distancia
del ~~combate~~ campo de batalla, siquiera
estaba ~~cerca~~ de un monte un poco espeso
donde pudiera ~~ocultarse~~ la familia en
caso de un descuido de los mexicanos, pues
temíamos, y con razón, que en ese caso se
quearían, degollarían y mucho más (2)
El espectáculo que presentaba la
casa donde estábamos, era desgarrador: un
saloncito pequeño, en el cual había más
de veinte mujeres, dos de ellas completas

(1) Situado donde hoy está la de la familia
de D. Emilio Restrepo C.

(2) De la casa del Sr. Othello Montoya a la
de D. Rafael Alvarez iban como de quince
a veinte personas, por unas mangas limpias;
probablemente unos soldados liberales que
atacaban la casa de D. Marcelino Restrepo

mente locas y que decían las cosas más
hechas que imaginarse pueda; el resto com-
puestos de chiquitos ~~que~~ que todos lloraban
y gritaban sin descanso. - La Cruzana
(su señora); berrito sea Dios! como le
puede siempre en los grandes catadismos
como este, conservó sangre fría, aunque
abrumada por la histeria; Concepción,
apenas me oíó salir, porque yo no per-
di ningún incidente visible del lado de
donde yo estaba, de este lado pero recibí
combate, lloraba a gritos creyendo que

por el estado sur del Cuchillón (o la Paltá)
nos tomaron por una guerrilla conservadora.
de las fuerzas de Elba Carrón, pues
nos hicieron bastante fuego y algunas
balas avanzaron capotes al rededor
nuestro C.E.R.

me malaban, y ciertamente sería no
ir para ello, pues cuando salía me
remataban algunas balas por encima
de la cabeza. Los chiquitos todos me
me de espanto, menos Carlitos, que
tiene un valor heróico, lo cual le
prepara días espantosos en esta desgra-
ciada tierra, entregado a lobos ho-
ros a sangrientas contiendas tradi-
das - - -

El fuego duró muy poco, pues
lo inicio del combate fue al lado de
McEllin, y mal podía durar cuando
los nuestros eran menos de la mitad
de los atacados, los cuales peleaban
completamente armados los con
armas de precisión y los nuestros

en libros de dulce. Sin embargo
de eso, los marinillos dieron una her-
mosa carga en la cual, si han sido
auxiliados a tiempo, hubieran hecho
un inmenso mal al enemigo.

Cuando cesó el fuego, nos
persuadimos que no había habido
nada decisivo, aunque retiráramos por
dorso por la sorpresa de los jefes, que
se desearon volver por un punto don-
de estaban diez hombres para
contener un ejército, pero al mismo
tiempo los soldados pelearon como
leones, forzando al enemigo por
el punto por donde los habían der-
rado y volviéndose en orden la
mayor parte de ellos, pues parecía

que sólo se retiraron unos pocos.

No dudamos que el resultado de la batalla nos haya sido sumamente desfavorable en todo, pero más que en todo, bajo el aspecto moral, pues aunque aquello fue más bien una retirada hecha con increíble torpeza, nadie dudará que fue una completa derrota, puesto que los nuestros se dispersaron unos, y los otros se retiraron con una precipitación tal que todos los que los vimos creyeron que iban en una derrota completa.

Todos los males que esto es para esta catástrofe va a producir, pues aquí quedó definitivamente

perdido la revolución, pues otros
han sido unos "Chancos" verdaderos,
serán achacados a Juan Pablo Reshe
po y a Macario Cárdenas, a los cua-
les, según me han dicho, les man-
daron más de diez postas llamándolos
y avisándoles que iban a ser atacados
y no vinieran. Ellos alegaban que ha-
bían mandado a someter a Tiliibi
los pocos hombres armados que tenían,
y otros asuntos de la ley. Yo no du-
do ni por un momento, que ellos
se han enojado sumamente mal
y que siendo, como fueron, los autores
de la "lucha", deben llevar eterna-
mente los infinitos males que han
causado a esta pobre tierra. Supon,

para mí tengo que los culpables
de este espantoso desastre han sido
Abraham García y Lucio Estrada,
quienes tenían, como todo el mundo
dice que tenían, orden expresa y
terminante de no combatir.

Acabó el combate, y sé que
era un hecho claro que los rejos se
esparcieron por todas partes, roban-
do y degollando gados. Por eso, y de
acuerdo con la familia, me retiré
de allí con mi hijo Carlos, mi
compañero inseparable, que no se
me aparta un solo momento, sobre
todo en las horas de peligro, y me
fui en el donde Rafael Molina,

antiguo discípulo mío, casado
con una hija de Crisólogo Mesa, mi
buel amigo (1)

(1) Fui yo entonces once años y medio
y todos los sucesos de aquellos días, tan
extraordinarios para mí, se grabaron en
mi memoria, en forma indeleble y
perdurable, hasta en sus menores deta-
lles. Cuando mi padre salía a las afue-
ras de la casa de D. Rafael Alvarez, yo
me iba detrás. Así pude observar que
el fuego era bastante nutrido del lado
de los liberales y muy poco del de
los conservadores, que realmente estaban
mal armados y aun se dijo entonces
que algunos habían arrojado libros de
papel sobre los contrarios. Hacía

En el camino me alcanzaron
Fernando Lasa, Chelas, un valeroso
sacromonte, lo cual me hizo tener que
la cosa había sido mucho mayor, de
lo que yo me imaginaba. Después

el final del combate vi que los conserva-
dores avanzaban rápidamente por todo el
felo del Cuchillón en un de una carga
sobre el enemigo; pero muy poco des-
pués subieron a paso muy ligero y se
perdieron de vista en el monte de la
Cosa de D. Marcelino Restrepo. Se su-
po después que la mayor parte so-
mo un atajo para salir a Santa Cruz
y unos pocos bajaron al Coblado y si-
guieron por el camino de Las Palmas.
De estos, que eran unos veinte, forma-
ban parte el Coronel Chelas Henao,

me alcanzaron otros varios devota-
 dos, llenos de espanto. El desastre fue
 debido, más que todo, a la infinita
 torpeza de los jefes, que no sólo deso-

hermanos de D. Juanito, que tenía fama de
 valiente, y Fernando Icaza, hijo de D.
 Federico. Los veinte, que iban por una
 manga, nos sorprendieron muy de cerca
 a mi padre y a mí, que íbamos por
 un rastrojo, nos sentaron los puñales
 y nos gritaron alto. Al punto vimos
 que eran desobedientes y contestamos con
 una mira al partido conservador.

Plus acercamos y nos contaron
 su desgracia. Recordó que Chelas era
 muy robusto y tenía el abdomen muy
 lleno de sangre. Como muchacho

hacían las viduas de sus superiores, 114

curioso, le pregunté si estaba herido.
El, que hombre de chiste, me contestó:
No; fue que en la carga me maltrataron
mucho me tendió su remington muy
de cerca y yo le quise: ^{le mego, si} me di
ras, le escupo, le cogí el arma y
le di un puñillazo en la cabeza;
esa es la sangre que tengo. Si un
se volo...

Estando en la casa de D. Rafael el
mañana, noté que mi padre tomó su
sombrero y se fue sigilosamente ha-
cia el monte que quedaba atrás de
la casa. Lo dejó ir por un rato, y
más sigilosamente que él - para que
mi madre no me lo impidiera - me
salí sin sombrero por el lado con-

decato como soy, resolví irme por
algunos balos a nuestro rededor.

El interés en sus negocios pri-
mero y luego en otros dominantes, pero
yo me negué rotundamente y lo
segui. Al fin se conformó y me
manifestó que le gustaba mucho
que lo acompañara.

Esa noche fuimos a dormir
a casa de D. Rafael Molina, situa-
do exactamente en la hermosa emi-
nencia donde después se edificó la
hermosa quinta de Ceylán.

Rafael, hijo de D. Rafael, me
regaló un sombrero de caña para reem-
plazar el mío que había perdido.

G. E. R.

toda la calle, a verla. Mi hijo
Carlos me lo impidió, diciéndome que
había peligro yéndome por la calle, me
dijo que nos fuéramos por las mangas,
pero yo me obstiné y nos fuimos por
la calle.

Bajábamos una bajadilla que
hay al llegar a la posesión dehuri-
guda (Tasques de Espina) y me encon-
tré en una fiera vestida de hombre,
llamado, según me dijo él, Espíritu
Santo Valencia. Venía vestido de mili-
tar y armado con un remington y traía
a su lado a un infeliz de este barrio,
a quien había obligado a llevarle de
cabestro una hermosa yegua amarilla
que acababa de robarle a Don Raimundo
Galdaniaga. Sin detenerse un momen-

Lo se lanzó sobre mí, me puso
la punta del revólver en el pecho y
el dedo en el gatillo y con un grito in-
solente y semblante amenazador, me
dijo: ¿Quién vive? — Sin inmutarme
siguió, pues el buen Dios me dio
un era horrible escena un valor tal
que yo mismo no puedo explicarme,
le contesté que en esta época de re-
sueltas nadie podía saber lo que de-
bía contestarse a ese grito, según el
territorio que pisaba. Entonces él
me dijo: "Sus gods". Yo me que-
dó tranquilo. Entonces Carlos gritó:
"Tira Colombia" (1). El hombre se

(1) Que era el grito de los liberales, como
"Tira Antioquia" era el de los conser-

tiro el remington. y luego, volviendo
 me lo a poner en el pecho y el dedo en
 el gatillo, me preguntó con aire asesino.
 ¿Quién es él. — Pero ¿dónde? Perhaps, le
 contesté con sangre fría. Retiro el remi-
 ton y luego volviendo a animarme al
 pecho, me dijo: él, es el más grande que
 hay por aquí. Yo abrí los brazos y le
 dije con entera y sangre fría y le dije:
 deséñame él. — Esto lo comencé, levanté
 el remington y me dijo: Déme él.

ratos. Yo vi que el barbero se, me in-
 dio luzacencia, tenía una cinta roja en
 el sombrero y por eso di la respuesta
 que dice mi padre, en la cual posible-
 mente le sabe la vida.

C. E. R.

ahora mismo un año de montar.

Yo le dije que sería uno muy bueno
pero muy lejos; que si quería, fuera
nos por él; comiéndose en ello y saliendo
por toda la calle, y luego tomamos
cuesta arriba, el camino por donde
estaba el año (1)

Yo había dejado la misera mi
magnífico año de montar, \$ ---- que
me había regalado Félix Abaño, un
D. Rafael Alvarez, muy lejos de allí.
Seguimos para allá el ladro, Carlos,

(1) La moneda estaba en casa de D.
Rafael Alvarez. Yo me ofrecí a ir a
entregársela, pero Valencia no aceptó e
insistió en que fuera mi padre.
C. E. R.

el hombracito que conducí la bes-
tia y yo; pasamos por delante de la
casa de S. Esteban Resheps, donde había
en el corredor más de veinte godos y
no se le dio un comino al hombre.

Llegamos a una quebradita, yo iba
muy fatigado y le dije que descansá-
raunos un momento, y me senté; él
comino, pero a un momento y en

aire amenazador, me dijo: Siga Vd.
Seguí, pero habiendo llegado a una
larga cuesta y muy pendiente, estaba
yo fatigado, anegado en sudor y ya

casi no podía andar. Entonces él me
dormó del brazo con mucha cortesanía
y me ayudó a subir.

Esta acción me desarmó por
completo y prometí en mi alma ha

estar bien, como se lo haré, si
se presenta la ocasión.

Llegamos a la casa; allí ha-
bía dos hombres robustos y vigorosos;
Carlos, que me salvó la vida en su
"Tira Colombia", Carlos que desmonta
por completo la significación de la
palabra "miedo" y que es medio de
sacar los peligros se omisos sien-
pre tranquilo e impasible -- el
hombre que conducía la bestia y yo.
Pero bien, ese hombre (Valencia) que
sin duda será el más valiente del
mundo, recostó su remington a la
pared, y mientras sacaban el avío, se
sentó a nuestro lado con la más
absoluta confianza e indiferencia.
Fue por un momento el

horrible pensamiento de tomar
el revington y matarlo allí mismo;
supero, en el acto me condujo la idea
de que yo no soy capaz de matar
a nadie y, además, que por aquellos
lados había muchos hombres arma-
dos, que me gritó, que me llevó los
braños allí y degollaban todo aquel
lo virtuosa familia, aunque yo me
escapara fácilmente en Carlos. Desis-
ti, pues, de tan nefando pensamiento,
le entregué la silla en todo año, me
nos el encauchado y los espuelas que
se escaparon por casualidad. El
hombre se despidió con toda cortesía
me pidió mi nombre, que escribí
en un papel en garabatos, y yo le
pedí el suyo que, como ya dije, era

Espíritu Santo - ¡ que nombre! -
 Valencia, prometiéndole, lo que cum-
 pliré, hacerte todo el bien que pueda,
 lo cual mando a mi familia lo ha-
 ga, pues fue mucho gracia que no
 me hubieras asesinado (1)
 Descanse un rato y voy a

(1) El hombre ese era, mi dudo, un valien-
 te; ese día fue solo a curigado a Sta
 gni, donde había muchos conservador, mi-
 guel autoridad liberal y a todos se les
 impuso con su audacia -

Y tiempo después, una mañana que
 iba, cruce de cinco con mi padre ^{en la}
 iglesia de San José de Melilla, ^{niños que se}
 verificaba un matrimonio y el sacerdote
 preguntó: "Espíritu Santo Valencia,
 queréis por esposa y mujer a - - -".
 mi padre y yo nos fijamos y, en efecto,
 era nuestro hombre! C.E.R.

buscar la familia, contándoles en
esas partes lo que me había sucedido
y pintándoles en todos sus movimientos
el horrible y ridículo acontecimiento.

Encontré la familia en una
casa de un señor Lázaro Salsarriaga ---
Encontré allí reunidas seis familias con
puertas nada menos que de cincuenta y
dos personas. La única señora que había en
la casa se había ido de miedo, de manera
que allí no había quien diera razón de
cosa ninguna. El cochiche era espanto-
so, pero más que todo el furor de
ver de que estos carnes vinieran a as-
pirarnos de un momento a otro. ---
Mi mujer estaba casi loca, había cinco
chiquitos muy malos, casi con bom-
buitos; todos hablaban, todos gritaban,

muchos lloraban y lo que nadie pue-
de creer es como quedó alguno con jui-
cio en aquella infernal batahola (1)

(1) La casa era estaba situada pròximamente
donde después se construyó la estación del
Tercavil, llamado del Poblado. Era la casa
de un aspecto sombrío, rodeada de caña-
melares y estaba sin muebles y abando-
nada. Las familias que se hallaban allí
vivían del combate y de sus consecuencias.
Como la vida es irónica, no podía
menos de estampar allí su marca. Lle-
gada la noche, mi hermano Placido y
yo nos oímos ante la perspectiva de
acostarnos en los puros ladrillos, sin co-
bijas ni almohada ni colchón. El intimo
y querido amigo nuestro consiguió dos

~~baguetones y~~

eran los dos de la tarde y ni Car-
los ni yo habíamos tomado el más ligero
alimento después del desayuno ---- Yo casi
no podía mantenerme de pie, de desa-
liento ---- ¡¡¡ mujer, a puro rato, nos

baguetones y yo le propuse: Quédate en
nos y préstanos el otro para flicarnos
y para mí. ¡¡¡, contestó: el uno es
para acostarme en él y el otro para
echármelo encima.

Años más tarde fuimos sus condiscípulos en el Seminario; nosotros com-
tamos el incidente y nuestros compa-
ñeros nos reían en cuerdas. El pa-
sar cerca del amigo le decían este es
híbillo: "El uno es para acostarme en
él y el otro para echármelo encima".

proporción algún alimento.

Supero, se me esperaba un golpe en el cual he pensado y soñado muchas cosas en esos ataques nocturnos que yo llamo "Pensadera". Ellos cumplen hoy cinco años; eran las cuatro y media de la tarde; quien sabe desde cuándo no comía un bocado; se me aceros y con dulzura y en historia y con desfallecimiento me dijo estas horrendas palabras: "Papa, tengo hambre! ¡Dios mío! Como no me mori yo ante esa frase desgarradora, en la cual he pensado tantas veces con horror, en desesperación... Volé donde Mercedes Barrientos y le pedí pan para mi hijo y me dio un montón

de comida. Fole' a la casa y
alivié a mi hijo - - - -

No sabía qué hacer porque no
era posible que nos quedáramos los
hombres en medio de treinta mujeres,
cuando no cabíamos ni parados. Mi se-
ñor me dijo a cierto sujeto, que no olvidare
jamás, aunque no para hacerle mal. Le
pregunte qué hacíamos y a dónde nos
iban, y él me contestó con mucha se-
ñal y mucha grosería, que él tenía
donde ir, con otro que me nombró, sin
adelantar una palabra más. Eso me
causó indignación. Entonces busqué la
camilla, que estaba allí, me dijo con
la mayor bondad, que iba a arreglar
modo de dormir para los dos. En
efecto, a las once nos fuimos para

un ranchito que había hecho en
un cañadular.

Febrero 3

Dormí muy poco, como era
muy natural, pues dormí puestas las
costillas sobre una caña muy gruesa,
sin audirlos algunos, en el canal de
cabecera y cubierto con una delgada de
bayeta muy delgada, por todo abrigo
y por hecho el encanchedo. La delgada
me la dio Suechis y él se acostó en el
suelo, en medio de la caña y sin
abrigo alguno.

Aspenas volví a la casa co-
mencé a apurar el viaje de la familia
para Medellín, en lo cual habíamos

convenido la Cruzana y yo desde
ayer, resolucim' admirable ---

Por fin, a las siete se fueron y yo
quede' tranquilo, dejando a Carlos conmigo,
el cual es mi compañero inseparable en
todos mis trabajos.

Con la mayor franqueza me les
anuncié a Mercedes, Natalia y Estrella
Barrionuevo como huésped en todo el día y
lo cual ellas aceptaron con la más cor-
dial benevolencia.

A las cuatro recibí una boletín de
mi mujer, avisándome que habían lle-
gado muy bien, que están muy bien
y tanto ella como José Salvador Escobar,
del cual recibí una boletín, me dicen
que me vaya en el acto para allá, pues

allí hay la más completa tran-
quilidad y no persiguen a nadie. Por de
contado que no acepté tan bárbara in-
dicción---

El día seis me fui donde Rafael
Gómez----

Febrero 4-

----- El día cinco me fui a la
casa de Rafael Londoño, en la playa del
río, donde estaba el Obispo Montoya. El
día siete nos fuimos a la casa de Qui-
sera Arango, nieta de Lope Calinde,
en la boca de la Yurá, donde encontré
una dulce acogida-----

Febrero 5

----- El día seis nos bajamos
donde Rafael Londoño. El poco se vino
el Obispo para aquí, para el Poblado,

donde escribo y yo pasé todo el día donde
Rafael para de allí venirme a pasar la
noche donde Rafael Molina y venirme
mañana aquí al Poblado, a seguir vi-
viendo con el Obispo, hasta ver en qué
paran estas cosas.

En el día hoyé no abijé a la
casa de mi señor Rafael Londoño, a "El
carro" (1) --- Me vive cerca de las seis

(1) Eran dos las personas de este nombre,
igualmente honradas, laboriosas, patriarca-
les y de magnífica familia. Al que vivía
más al sur, cerca de la Yivá, lo llamaban
"El Mulero", por ser las mulas su princi-
pal negocio. El otro, que tenía una ma-
quina de caña, cerca a la quebrada Poblada,
lo llamaban "El Molero". Era el padre de
los Sres. Luis y Paulino Londoño.

donde Rafael Molina, siempre en
Carlos - - - -

Febrio 6

- - - - Mucho, y en razón, se et
bravara que yo no diga aquí una sola
palabra sobre política, hace algunos días.
Pues bien, es que no se sabe nada de lo
que sucede, o que no sucede nada; no
hay duda que es lo primero, porque lo se-
gundo sería imposible. Lo único que he
lo grave, muy grave, muy vergonzoso, fue
que con la retirada, mejor dicho, derrota
completa por los resultados, se dispersa-
ron todos los que mantenían Abraham
García y Lucio Estrada: el primero se
fue quien sabe para dónde porque nadie
ha vuelto a saber de él; el segundo pa-
so sólo esa noche por Aguascalientes, dur-

mío por ahí en una casucha y se perdió.

El los dos días estaban Macario y Juan Pablo en las Pabuss con su "grande" ejército, creo que no pasarían de trescientos, una avanzada de ellos mismos hizo unos tres días y no quedaron dos hombres juntos. Dicen que se han vuelto a juntar algunos, pero serán muy pocos. Macario y Juan Pablo como que se fueron hacia Tiedonia a esperar las fuerzas de Chirles y Lerico. Del Norte nada se sabe, de manera que, en mi opinión, la "lucerna", alias mainete, está terminada y con ella extinguida.

Me escribe donde Rafael Choli no hasta las siete de la mañana, hora en que me vine donde el Obispo don

Luya. Cuando llegué, sentí bien-
 tar, casi alegría, al considerar que ya no
 largo que andar de puerta en puerta, pi-
 dimos asilo y pan, pues aquí lo largo
 mis, porque lo de Ignacito es mis ---
 y los seis nos avisaron que iban

a rondar. Todas estas cosas y a esa hora
 nos fuimos donde Urbano Restrepo, casa
 llena muy decente y donde había perso-
 nas muy estimables -----

Febro 7

(Después de volver a casa del Sr.
 Montoya). Mandé a Carlos a Medellín y
 vino diciendo que allí no había nada
 particular, sino mucha gente, mucho
 bochinche y aún peleas en la plaza,
 entre los liberales. Me dijo que la

familia estaba donde mis hijos
(las señoras de Baltasar y Alejandro Botero)

----- A los cinco vino una mucherita
y me trajo una bolita de mi mujer
en la cual me dice que los liberales es-
taban celebrando un gran triunfo en
el Sur y que decían que ya se había
acabado todo. Que apenas había una ma-
drilla en Abacasis Cárdenas y que pronto
la debelarian para que el Estado que-
dara todo en completa calma.-----

----- A los seis nos fuimos a la casa
de D. Álvaro Franco; pasamos allí mis
ses y callados.-----

Febrero 8

----- Me fui acompañado
de Carlitos, que me sostiene en su
brazo cuando estoy cansado, que me

contempla, que me acaricia, que
hace conmigo las veces de un padre tierno
y cariñoso; me fui, digo, a hacer unas
mitas ---- Comencé por la de Burigüeta
(Tasquez), haviendo, para llegar allí, un
grandísimo rodeo ----

Havía poco que estábamos allí
cuando Santiago (Ospina) se asomó en
el alero al comedor a ver lo que pasaba
por fuera, y el acto alcanzó a ver por don
de Mercedes Barrientos, es decir, a una
pequeña distancia de nosotros, una partida
de soldados armados. Salimos huyendo
cuantos hombres habíamos en la casa,
por las mangas y nos colocamos en
una altura y allí hicimos subir a un
árbol muy elevado a un joven Simón
no Pichero ---- Nos estuvimos un rato

allí y luego me persuadí, porque
los vimos, que la tropa que pasaba, com-
puesta de unos doscientos hombres, iba
de marcha en dirección a Curigado

Febrero 9

Día nefasto - - - -

Comenzamos a ver a unos otros, unos
a leer, otros a trabajar, limpiando un un-
perato: estos eran Manuel Valencia y Car-
litos, y yo escribía en este diario. Era
como los nueve cuando llegó en mucha
cho y nos avisó que en el antiguo can-
pariente de los marisnitos (en el cu-
chillo) había mucha gente armada. Como
era muy natural, nos asustamos, nos
asomamos y vimos, en efecto, que había
allí mucha gente. Somos San Lorenzo

que resolvimos almorzar antes de re-
tirarnos; pero a poco vimos que el su-
multo y la agitación aumentaban en la
cuchilla, y entonces aconsejé a Ignacio
que ensillaran las bestias y se fueran él
y Juanas (el Pbro. Francisco Martin) a
caballo y que yo me iría a pie, no
en carritos, porque lo había mantenido
a caballo, sino solo. Yo me vine muy
despacio y ellos anduvieron tan morros
que, según supe después, cuando salieron
a pie, ya los soldados estaban en el
solar de la casa.

Cuando llegué donde estaban
(Barbosa) ya vimos gente donde el
Obispo, por lo cual no dudamos en
momento que lo habían cogido, lo

misma que a Henao. Yo seguí des-
pacio hasta un altillo, de donde alcancé a
ver unos toldos donde mismo estaban
los de los marinillos. Eso me llenó de
alegría, pensando, racionalmente, que eran
de los nuestros. Seguí en esta con-
soladora idea, y cuando llegué donde
Rafael el bolero encontré allí al Comandante
de Joaquín Posada, que ya tenía un
antecojó en la mano, que veía todo el
campamento, en el cual había ya mil
soldados y que vacilaba en que si serían
soldados nuestros o del enemigo. Al poco
alcansé a ver que subían unos de donde
Ignacito y entre ellos iba uno vestido de
Obispo; dolor, desesperación nos causó
esto a todos, porque ya no nos quedó

me atono de duda, tanto de que
eran enemigos como de que habían cogido
a Ignacito. Vinos llegar al campamento
al respecto de Obispo, con otro vestido de
clérigo, el cual no duramos fuera Heras,
y hubo allí una acumulacion de gente
del y señales tan marcadas de ale-
gría, que de nuestras almas desaparecio
todo esperanza de que se hubieran es-
capado el Obispo y Heras.

Pasamos un rato espantoso,
pero luego vino un señor y nos dijo como
seguro que se habían escapado Ignacito
y Heras, pero que habían saqueado
la casa por completo; que los que iban
vestidos de Obispo y de clérigo, pues iban
de alba, bonete, y eran los infantes y
esquerosos otros que se los pusieron para

burlarse de nuestra religión. ---

El día una comenzó un horrible y
terrible aguacero, horrible porque vino
acompañado de una horrible tempestad,
terrible porque él da vida a las plantas
que ya morían con el verano que se
había hecho muchos días.

En medio de ese aguacero vino
venir a mi niño, que venía por la calle
empapándose y a poco conocimos que
era mi hijo Carlos, el cual hacía eso
para hacernos pronto las noticias que
había adquirido, pues él no conoce el
miedo. Llegó solo empapado y nos di-
jo que esa gente era la de Rengifo, sin
que en el taller pudieran seguir ma-
ginal. Lo que me da la causa de ese mo-

simientos. Fue en Medellín se de-
cía que Rengifo había sufrido un fuerte
rechazo en San Pedro - - -

A mí me trajó, la buena, in-
doleble noticia de que me habían hecho
mi casa cuartel, pero que la había ven-
dado un señor Rumbín de Santodomingo,
con una poca gente, que no habían hecho
daño ninguno, que la habían desuelto
brazo y que pronto se pasarían allí los
míos - - - (1)

(1) Un mal rato pasé yo este día. Por
la tarde, al volver de Medellín y llegando a
la casa del Sr. Obispo Montoya, vi que
había bastante gente en el Cuchillón y que
un grupo subía hacia allá, saliendo de la
casa del Sr. Montoya. Oí que entre
ellos iba uno vestido de Obispo, en traje en

Febrero 10

1205

FAES

Archivo

145

... eran como las muelas,
estaban muy tranquilos cuando nos
avisaron que varias partidas de malhe-
chores estaban saqueando todas las casas

terramente morado y ojos de drago, con so-
lana negra. En aquel tiempo los Obispos de
Andalucía se vestían de morado, a la man-
era española; fue el Sr.ardo Vergara
quien introdujo el sobretodo negro. Tanto
más se justificaba mi estranjería cuando
fue el Sr. Montoya, como que antes
fugitivo, vestía en ese tiempo como ei-
vil y usaba ruana sobre el saco o me-
nicano. En este traje lo acompañé va-
rias veces en sus fugas.

Me estuve buscando por los alre-
dedores de la casa, sospechando que algo

de abajo; con sobra de razón nos
llenamos de espanto y toda la familia
comenzó a profundizar sus palabras tan
tristes que partían el corazón, y a pre-
pararse para huir. Yo comprendí en el

raro silencio, hasta que di con una sirviente,
la cual me informó que la casa estaba
solamente ocupada por soldados de Rengi-
fo; que desde temprano se habían ido
huyendo al Sr. Obispo, mi padre y otros;
y que mis oficiales habían sacado los
vestidos del Obispo, del Padre Hernán, se
los habían puesto y esos eran los que
yo veía. A pesar de que ya empezaba

un violento aguacero y una tremenda
tempestad, salí en busca de mi padre,
preguntando por él en las diversas ca-
sas que frecuentaba; solamente en la

acto, sin que me dijeran una pa-
labra sobre ello, que mi presencia allí era
un obstáculo para su fuga, pensando en
el almuerzo que debían darme, y en el
acto, y sin un momento de vacilación,
llamé a Carlos y --- Dios me inspi-

de D. Urbano Restrepo (situada próxima-
mente en la que después construyó D. Ca-
rilo C. Restrepo) me dió noticia de
que mi padre había pasado por allí al
medio día, que había seguido, pero sin
decir para dónde. Allí me instaron a
que me quedara a dormir por ser ya
la noche y estar llorando a cántaros,
me seguí a ello y seguí en busca de
mi padre, movido hasta los huesos, y
lo encontré en casa de D. Rafael Molina.

C. E. R.

es una idea que ha sido salvadora
 para mí ----- Esta idea fue íntima
 donde Ignacio Labadie, mi amigo de in-
 fancia y con el cual he conservado siempre
 las más cordiales relaciones, hijo de un
 amigo queridísimo de mi padre, hombre
 acomodado y en cuya casa no hago
 peso ninguno; casado con la Antonia
 Molina, un angel de bondad y de virtudes
 y en cuya casa reina a todas horas la
 paz, la cordialidad y la abundancia.
 Me fui allí sin vacilar un mo-
 mento y me fui por unas mangas. En
 el tránsito llegué a la casa de Vicente
 Morales (donde está el Club Campestre),
 antiguo conocido mío y allí ---- me dió
 un sabroso almuerzo, el cual nos cayó

muy bien a Carlos y a mí, pues ya
eran las doce.

Seguí para donde Joaquín, cuya casa
es allí cerca (donde está edificada la
quinta "El Diamante"). Joaquín, su mu-
jer y su familia, compuesta de tres hijos
adoptivos que ha criado, pues no tiene
familia propia, me recibieron y trataron
muy bien ---- (1) apenas acabe de co-

(1) D. Joaquín Calude y D^a Antonia Molina
eran unos verdaderos patriarcas bíblicos y
nos acogieron como a personas de su fa-
milia. Allí vivimos como en nuestra
casa. Con ellos conservamos relaciones
muy cordiales, hasta su muerte -
C. E. R.

mer me fui donde Rafael Indurio
(Muleto), a buscar al Obispo Montoya,
pues estaba impaciente por saber los pormen-
res del ataque que nos dieron el domini-
go. Allí encontré un inmenso concurso
de gente, compuesto de cinco o seis fa-
milias, que no había parado en la casa
con varios enfermos, lo cual presentaba un
espectáculo afligido.

Encontré allí a María Audina, so-
brina del Obispo, pues él no estaba allí,
la cual me contó los hechos asquerosos,
infames sucedidos allá:

Llegaron primero unas pocas jóve-
nes, de esa que llaman decimas en Me-
dellín, porque son de las primeras fa-
milias, pero que son de lo más inde-

ente que imaginarse pueda, y ejecu-
taron los hechos más infames, mas asquero-
sos que ejecutar pudieran los bandidos
más famosos. Los jóvenes se robaron
como muchachos pessos y se robaron
los vasos sagrados, las vestiduras del Jefe
po, la patena y otras alhajas destinadas
al culto y se hablaron de ellas, y sacilegos
e infames, cometieron las atrocidades
más grandes - - - Y fuera de eso, se robaron
las monedas en otras mil cosas. Se
robaron hasta los huevos de las gallinas,
y en una lucha que durieron dos de esos
blancos - - - lucha que versaba sobre cuál
de los dos se había de robar el año del
Obispo, se le quebraron unos huevos que
se había echado en el bolsillo del saco

uno de ellos y se le encendió todo el saco --

----- María Antonia y Manuel Valencia

presenciaron todo eso y mucho más. Se
fueron los bandidos blancos, habiéndose pues
to las vestiduras del Obispo y del P. Hnas;
pero a poco vinieron otros, ya la casa es-
taba sola, la rompieron y no dejaron ni
vestigios de nada, a excepción de la paja
de los cochones, pues sacaron esta para
levarse los furos ---- Los brevarios los
hicieron pedazos; todos los de aquella ca-
sa quedaron con las muditas que se
eran encima y hasta a mí me tuvo
perder una muda de ropa que me
habían mandado de casa ese día y
varias piezas que mi familia había
dejado allí. Como se perdieron varios

documentos y papeles de mucha importancia, Ignacito calcula en diez mil pesos el valor de los efectos que se robaron los "honrados" jóvenes de esta moral y de esta ciudad.

El pobre niño el Obispo y me dijo como se salvo: cuando salio huyendo, ya los bandidos estaban en el solar de la casa; se metio tras de un arbol y se estuvo horas y media parado en una barranca, donde logro ventarse sin ser oido siquiera y sufriendo mucho. El P. Hernan se salvo pero no se ha sabido de el - - - -

Febrero 11

----- Supe que Pedro Pablo habia venido a Curigado con el Dr. Jose el Dr. Uribe y otros - - - - y que se habian

f214 FAES 54
Archivo

dirigido por el camino de las Palmas, donde se asegura que hay muchas
manzanas. Ahora sabe que volviere esta
mañana a Curigado - - -

Fui donde Ignacito y allí sabe
que no le habian dejado nada en la casa,
porque lo que no se robaron lo destruyeron
por completo, como los hericarios y otros
esas semejantes; pero; esa casa! excepto
unos pocos documentos apuros, por valor
de más de diez mil pesos, los cuales en-
contraron tirados en la sala en otros
papeles. La paloma la encontraron tirada
en una manga - - -

Febrero 12

- - - - - Ayer publicaron los
liberados, en el cual se ve claro la mano
de Dios, cayéndolos completamente: es

un papelón publicado por ellos para
desalentarnos, y el cual produjo en nues-
tros almos una gran alegría: son pues de
claraciones recibidas en Melillín por La-
zaro Lince y una exposición del Prefecto
de Decidute, tan favorables a nosotros
que no se comprende como... han pu-
blicado eso: en el se asegura que el Ser-
vicio antioqueño es nuestro desde Mani-
sales hasta aquí y que nuestros ejércitos
ya están en la Caja, porque aunque no
molestan el del Norte, seguro es que está
allá - - - -

Hay recibí una bolata de mi
mujer, diciéndome que duraron mi
caso de un año del viernes al domingo,
pero que no hicieron daño en ella - - - -

Febrero 13

- - - - Llegó a casa

un joven 'Caldem' con un semblante asustado
y sin detenerse un momento nos dijo que
venía de parte de un amigo mío, de cuyo
dicho no hay que dudar un momento,
el cual me mandaba a decir que el de-
na nos había entregado en la Ceja
con todas las fuerzas del Sur - - -

después almorcé me fui para
donde el Obispo y allí supe, sin poderlo
dudar un solo momento, que lo que
sucedió fue que Juan Pablo Restrepo y
Elacario Caicedo, ayer en el Sr. Pelato,
más allá de la Ceja, nos entregaron
por completo, con armas, municiones, etc.
se asegura que sacaron garantías, pero
con los ojos no las hay jamás ni en
tiempo de paz.
Esto no tiene un átomo de

duda, pues la noticia es dada por
 Juan Pablo Restrepo, personalmente, el cual
 vino anoche con el bacario - - - -

Febrero 14

- - - - - Llegó de mañana, estan-
 do en el corredor de la linda casita don-
 de vivo (la de D. Inagüin Labiade), vi un
 joven que venía por un camino extraño;
 en el acto lo reconocí Carlos: era Pedro
 Pablo que venía a buscarme, después de
 haber pasado muchos trabajos. Estaba
 con la misma ropa con que había salido
 de la casa; estaba desesperado y eso que no
 sabía lo de ellos Pablo, pues él no estaba
 allí sino que estaba en una comisión - - -
 después de unos días nos fuimos con
 de el Obispo Montoya, y al llegar que
 damos abastados con una espantosa no

línea que encontramos allí: ---- ayer
venían Mario Escher, Leonardo Ochoa, José
Sanctamaria y otros tres o cuatro más
de los entregados por Macario, trayendo
un pasaporte; cerca de San Miguel en-
contramos una partida de asesinos man-
dada por un tal Londoño; estos hicieron
fuego a Mario y a los demás, y le vola-
ron la tapa de los sesos. Cuando cayó,
ya lo habían desnudado, robándole inme-
diatamente. Se ve que los demás escaparon
milagrosamente, aunque no se permaneció

(1)

(1) Era yo Secretario de D. Juan José Molina,
Jefe Superior de Antioquia, cuando se si-
guió el juicio por la muerte del Sr. Mario
Escher. Del proceso resultó que el homi-
cidio fue uno de esos sucesos desgra-
ciados que son tan frecuentes en la que

Supieron allí que la entrega
 de Macaris y de Juan Pablo fue el resulta-
 do de un negocio funesto, pues se les dijo
 que con el fracaso del Cuchillon se había
 dispersado toda la gente; que, además,
 el Congreso y el Gobierno General habían
 declarado la nación en estado de ~~guerra~~
 guerra y mandaban fuerzas numerosas en
 la Obediencia por todos partes.

Mandaron a Eduardo Vas

na. Una partida liberal se encontró en el
 alto de San Miguel con un grupo de conser-
 vadores que venían de la entrega de estos
 Pelado; aquellos gritaron: Alto, quien vi-
 ve!, y ^{embestaron} ~~gritaron~~; tira el partido con
 serado. Los liberales hicieron fuego y
 mataron al Sr. Escobar - C. E. R.

que y Delio Isaac a Mayoral a are-
niguar todo esto y contestaron afirmandolo;
se hizo un arreglo decente, dando garan-
tías a todo el ejército, con tal que en-
traran las armas; dieron pasaporte a
todos. Yo sé muy bien que nada cum-
plían; que engeran, degollarán y asesi-
narán a cuantos pueden, como han
hecho ya con ellos - - -

Vine a la casa y encontré una
bolita de Filit Maná, fechada en elto
Telato, en la cual me dice que todo
se acabó y que se va a Sonson a ver
si puede establecerse allí, para llevarse la
familia - - -

Por la tarde vino Carlos de Me-
dellín; con él recibí una carta de Loren-

esta thibe, en la cual me dice que esta
intranquila por mi, y ota de mi mu-
jer en que me dice lo mismo.
Dijo Peto Pablo ^{para Melillu,} a supir y mas

supir---

Febrero 15

----- Fui donde el Obispo
Montoya. Allí se me esperaba grande
mas penas: lo primero que supie fue
que Rengifo, como yo lo supe, ha
hecho el convenio hecho y que es-
tubo persiguiendo fuertemente a aque-
llos a quienes conedio amplias ga-
rantías. Entre ellos, los perseguidos,
cuyo mi hijo Felisclán, el cual
está hoy en un calabozo en Melillu.
Carlos lo supo ayer, pero la madre le

encargo que no me lo dijera, y el
obediencia - - -

No obstante, en esos momentos, un
cobarde, tan cobarde como imbécil y abre-
cido, el cual dicen que está loco, pero
que si lo está deben amarrarlo, comenzó
a despedazar de la manera más sucia
la reputación de Juan Pablo, de Macario,
de los jefes, entre los cuales estaba mi hijo
- - - No pude contenerme, y delante del
Chirpo y de otras varias personas, lo traté
como lo merecía - - - Me despedí de
allí, resuelto a no volver mientras
ese imbécil o loco esté allí.

Todo lo malo se confirmó por la
noche. Recibí una carta de Juanito Mar-
tínez, en la cual - - - me ofrece tra-
bajar por mí y aún me ofrece re-

curso de dinero ---

Febrero 18

--- Supimos por Verduniano
Montuño que uno de Boyda' y extendió
la noticia por todas partes, que todo
esperamos está acabado para nosotros,
pues el Presidente de la nación y el con-
greso habían declarado la guerra a los
revolucionarios de Antioquia; que man-
daban fuerzas a montones contra ellos,
por lo cual todos los que habían en ar-
mas en el Sur se habían dispersado.

--- Solo quedan unos pocos en
el Norte, sin armas, sin jefe y sin dis-
ciplina, y el ejército de Rengifo, con el
fracaso del Cuchillón y la entrega de
Macario, ha crecido como vapor ---

Febrero 19

Por la tarde nos anun-
ciaron que venía una ruda por estos
lados en persecucion del Obispo y por la
noche comenzaron a latir furiosamente
los perros que hay en la cast., a las
días; no nos quedó duda de que era
la ruda; se levantó Joaquín, me lle-
vó; yo no quería levantarme, pero él
lo exigió; me levanté un rato, me
preparé a huir, pero luego me volví
a acostar (1) - - -

Pasaron en una grande ansiedad:
cuatro soldados pasaron y nos llenaron de
terror, lo cual aumentó el ver que estos
(1) Efectivamente, sentímos gente que des-
cansó sus armas en el corredor de afuera
y luego se retiraron.

salvajes le hicieron un día a un
 infeliz que huía de ellos.

Febrero 20

----- Por la mañana vimos
 unos indios en el Tumbucaco; como no du-
 dábamos ni por un momento que fueran
 de los omesteros, nos llevamos de alegría,
 creyendo que cuanto nos habían dicho
 era falso, pues no podíamos comprender
 cómo siendo eso cierto, podían los del
 Norte acercarse tanto a Medellín. Así,
 lo menos que es pucha es que por allí
 hay un ejército respetable que nos
 puede conducir a un seguro triunfo.

Después comencamos a llegar
 chipas favorables, como una dentada de
 Rungifo en Sonora, su muerte, y
 los hijos de Amilano

Restrepo aseguró que Ruzifo es-
taba prisionero en el hospital y que en-
traron con él abarcado por tres balas
y pidiendo confesión. Nada creímos
por completo, pero siempre hubo al-
go de animación --

Febrero 21

Hoy de mañana mandé a
Carlos a Medellín -- Volvió a las
tres y me trajo cartas de mi mujer,
Lorenzita Uribe, Tomás Uribe y Roberto
Uribe, muy cordiales -- Supo
Lorenzita, o le dijeron, que Félix el^a
estaba enfermo; en el acto mandó al
Sr. Aureliano Pisado a verlo, y hoy
me mandó Lorenzita una carta de
este a ello, diciéndole que Félix el^a
está bueno. --

Febrero 22

----- Supimos que Juan Pablo y Macario tienen en el Norte un ejército bien armado, numerosos y resueltos. Muchos serán eso si los cheipos del Sur fueran verdaderos, pero si no, siempre con eso puede hacerse algún arreglo que impida la devastación y ruina completa del país, pues si esto sigue como va no quedará nada.

Fui donde el Obispo, pues me mandaron decir que ya no estaba allí el loco que me había hecho no volver.

Febrero 23

----- Carlos fue a Curigato a averiguar algo --

Fui donde el Obispo. Apenas

llegué supe que todo se acabó en
Chihuahua: --- en el Sur no hay un
hombre en armas, pues todos se disol-
vieron voluntariamente o a balazos.
Cualquiera en el Norte hay alguna gente,
es no hace más que empeorar la si-
tuación.

De Nogalá vinieron los Genera-
les Custodio Salazar, Gregorio Hurtado
y el Sr. Justiniano Plomaya, a ver
si podían arreglar. Los primeros se de-
scriben de agitados, disgustadísimos por
que, según dicen, Rurige los trató mal.

Justiniano quiso hacer algo, pero
le dijeron los liberales que no había
más arreglo que entregarse a discreción
y someterse a que los juzgaran como

cuadrilla de malhechores; Puede
ser mayor decaído? - - -

Febrero 24

- - - - Supe con gusto que
habían llamado a Justino Mondaya
para que fuera a arreglar en los del
Norte; no me ha complacido porque
puede que los liberales han dejado en
sus inicuas pretensiones, pues de otra
manera no lo llamarían.

Supe con el más profundo agrado
decimiento que Enciclopedia dice le pi-
dio "por favor" a mi mujer, que le
dejara mandar la comida diariamente
de a Felicitación, a lo cual ella no
pudo negarse - - -

Febrero 25

¡Humor, espantosa fecha!

Hay hace un mes que mis pobres
 lucos, regañados por un bribón, perdí-
 ron a Justina; Dios los perdone!...

Supe que en Itagüé cogieron a
 mi sobrino Lázaro M^a extraño y lo
 mandaron preso a Medellín. --

Febrero 24

----- Fui donde el Obispo
 Montoya. Convine allí largamente con
 Luis Faiguer, el cual está tan desespera-
 do como yo en la separación de la
 familia. ----

Recibí una carta de mi mujer,
 la cual ---- me dice que Justina no Mon-
 toya, que fue a Sanpedro y no hizo
 nada porque no encontró allí a nadie
 y no siguió de allí. Le dijo que mi
 hijo Luis M^a estuvo allí unos ocho

días y que desapareció de allí hace
tres días, sin que se sepa la menor no-
ticia de él. Como para mí es un hecho
indudable que está en el ejército, me man-
tengo siempre fijo en él - - - -

Capítulo 3

- - - - - Fui donde el Obispo
a las tres y encontré más de una veintena per-
sonas, todas ellas de rodillas, pidiendo favor
a Dios. Ignorito y otros no pudieron re-
nar. Fecho vino de que estaban oyendo
un ruido combatido por el lado de San-
ta Rosa; yo me abiné, pensando no sólo
en que allí se iba a decidir la suerte de
Chilique sino que era seguro que allí
estaba mi hijo Luis María, combatiendo

Capítulo 4

- - - - - Muy de mañana vino a la